

colegios, no pudo contenerse. Pero no fuera á imaginar el amigo Maia que había hecho un discurso.

—¡Vaya! —exclamó el viejo— ¡fuera modestia! ¡Un discurso, sí señor, y de los buenos!

El conde protestó modestamente. No. Había defendido simplemente los fueros del buen sentido. Preguntó al señor Torres Valente si creía que los hijos de los portugueses estaban destinados á payasos...

—¡Ah! ¡Qué bien lo dijo, señora condesa! ¡Le gustara oírle! ¡Qué fuego, qué *chic!*

El conde sonrió, agradecido, al viejo. Y contestando á otras palabras del señor Torres Valente, que dijo que no quería que en los colegios se diese una enseñanza "impregnada de catecismo," le lanzó una palabra cruel.

—¡Terrible! —afirmó el viejo en tono sepulcral.

—Sí, terrible... Volvime para él y le dije esto... "Crea el digno par que nunca este país recobrará su puesto á la cabeza de la civilización, si nosotros, sus legisladores, substituímos con mano impía el trapecio á la cruz..."

—¡Sublime! —exclamó el viejo, sonándose con estrépito.

Carlos, al levantarse, declaró que aquella era una ironía sin par.

Y el conde al despedirle, no se contentó con apretarle la mano, sino que le pasó el brazo por la cintura y le llamó su querido Maia. La condesa sonreía, con la mirada húmeda, aun un poco pálida, moviendo con languidez el abanico, recostada en los cojines del sofá, debajo del busto del marido, que erguía la frente inspirada.

X

A la mañana siguiente, Carlos, que se levantó temprano, fué á pie desde Ramillete, hasta la calle de San Francisco, á casa de la señora Gomes. En el descanso de la escalera, donde apenas llegaba la luz de la claraboya, había una vieja de pañuelo á la cabeza, envuelta en un chal negro, sentada melancólicamente en el extremo de un banco de madera. La puerta, abierta, dejaba ver la fea pared de un corredor empapelado de amarillo. Un reloj daba pausadamente las diez.

—¿Ha llamado ya la señora?—preguntó Carlos descubriéndose.

La vieja murmuró con acento cansado y doliente:

—Sí, señor; ya me hicieron el favor de contestarme. El criado, señor Domingo, saldrá pronto...

Carlos aguardó, paseando por el descansillo. En el segundo piso se oía algazara de niños que jugaban. Más arriba el criado de Cruges barría con estrépito la escalera, cantando á grito pelado. Pasó un largo minuto; después otro, interminable. La vieja, entre las negruras del pañuelo, lanzó un suspiro abatido. Se oyó trinar un canario; Carlos, impaciente, tiró del cordón de la campanilla.

Un criado de patillas rubias, con una chaqueta de

franela abrochada apareció corriendo. Traía en la mano una fuente envuelta en una servilleta, y al ver á Carlos junto á la puerta quedó tan sorprendido que con un brusco movimiento hizo que cayera un poco de salsa del guisado al suelo.

—¡Sirvase entrar, don Carlos Eduardo!... Tenga la bondad de aguardar un momento, que abra la sala... Tome usted, señora Augusta, no vuelva ya hoy. La señora dice que le enviará pronto el vino de Oporto... Dispense usted, don Carlos... Por aquí, señor...

Corrió una cortina de reps encarnado é introdujo á Carlos en una sala alta, espaciosa, empapelada de azul con ramajes claros, que tenía dos balcones que daban á la calle de San Francisco; y levantando los transparentes preguntó á Carlos si no recordaba ya á Domingo. Cuando se volvió, risueño, bajándose las mangas de la camisa, Carlos le reconoció por las patillas rubias. Era, en efecto, Domingo, un excelente servidor que estuvo algunos meses en Ramillete, y que ese despidió por haber tenido piques patrióticos con el cocinero francés.

—No le había visto bien, Domingo; la escalera es algo oscura... Me acuerdo perfectamente... ¿De modo que ahora está aquí?... ¿Está satisfecho?

—Sí, señor, muy contento... El señor Cruges vive arriba...

—Ya sé.

—Sirvase S. E. esperar un momento; avisaré á doña María Eduarda...

¡María Eduarda! Era la primera vez que Carlos oía su nombre, y parecióle adecuado á su belleza serena. María Eduarda, Carlos Eduardo... Había similitud en sus nombres. ¡Quién sabe si presagiaba la concordancia de sus destinos!

Domingo, entretanto, que había vuelto ya, decía sonriendo y en tono confidencial:

—Es la institutriz inglesa que está enferma...

—¡Ah! ¿La institutriz?

—Sí, señor; tiene un poco de fiebre, opresión en el pecho...

—¡Ah!...

Domingo miró á Carlos con admiración muda y dijo luego:

—Y ¿está bueno su señor abuelo?

—Gracias, Domingo; sigue bien.

—Es un gran señor... ¡No hay otro igual en toda Lisboa!

—Gracias, Domingo, gracias.

Cuando salió, Carlos, quitándose los guantes, contempló el aspecto de la sala. Estaba esterada de nuevo. Junto á la puerta había un piano de cola con funda blanca. En un estante del lado había multitud de partituras, ilustraciones y un jarro del Japón donde se mustiaban tres lirios blancos. Las sillas estaban tapizadas de reps encarnado. A los pies del sofá había una vieja piel de tigre. A pesar de que aquella instalación era provisional á todas luces, se advertían toques de buen gusto y de confort. En un lienzo de pared se veía un escritorio árabe que Carlos recordaba de casa del viejo Abraham. El tapete de peluche de una mesa oval, desaparecía bajo un montón de libros preciosamente encuadernados, álbums, dos tazas japonesas de bronce, y un cesto de porcelana de Dresde para flores. Y parecía flotar allí aquel indefinido perfume que Carlos percibiera ya en el Hotel Central, en que dominaba el jazmín.

Lo que más gustó á Carlos fué un bonito biombo de seda cruda, con ramilletes bordados, extendido junto á la ventana, formando un rinconcito más íntimo y resguardado. Había allí una silla baja de raso

escarlata, un gran almohadón para los pies, un costurero, con hilos, tijeras, muchos periódicos de modas, un bordado arrollado, todo lo que delata un trabajo de mujer interrumpido. Y cómodamente instalada sobre la silla, veíase la famosa perrita escocesa, que tantas veces soñó Carlos, trotando por el Aterro ó adormecida en un dulce regazo...

—Bonjour, mademoiselle—le dijo en voz baja, deseoso de captarse sus simpatías.

La perrita se levantó bruscamente, fijando en aquel desconocido dos ojos negros, desconfiados, de una penetración casi humana. Carlos temió que rompiera á ladrar. Pero la perrita volvió á echarse y permitió que la acariciara. Carlos la mimaba cuando sonó un paso leve. Volvióse y vió á María Eduarda ante sí.

Fué como una aparición inesperada—y se inclinó profundamente, menos para saludarla que para ocultar la ola tumultuosa de sangre que le subió á la cara. Ella, con un vestido sencillo y ceñido de sarga negra, un cuellecito recto de hombre, un capullo de rosa y dos hojas verdes en el pecho, alta y blanca, sentóse junto á la mesa oval, acabando de desdoblar un pañolito de encaje. Obedeciendo á su ademán y á su gesto risueño, Carlos se sentó, cohibido, en el extremo del sofá. Y después de un instante de silencio, que le pareció profundo, casi solemne, se elevó la voz de María Eduarda, una voz rica y lenta y acariciadora.

A través de su encanto, Carlos comprendió vagamente que le agradecía su visita á Rosa, y cada vez que su mirada se detenía un momento más en ella, descubría un nuevo encanto, una nueva forma de su perfección. Los cabellos no eran rubios como pensara, sino de dos matices, castaño claro y castaño obscuro, abundantes y ligeramente rizados. En la

gran luz obscura de sus ojos, había á un tiempo algo muy grave y muy dulce. Con ademán familiar, cruzaba á veces, hablando, las manos sobre la rodilla. Y á través de la manga apretada de sarga, sentía la belleza, la blancura, casi el calor de sus brazos.

Calló la señora. Carlos, al hablar, sintió que de nuevo la sangre le abrasaba el rostro. Y á pesar de saber por Domingo que la enferma era el aya inglesa, hizo, en su perturbación, esta pregunta tímida:

—No es su hija la enferma, ¿verdad, señora?

—¡Oh, no; gracias á Dios!

María Eduarda contóle que desde hacía dos días, el aya estaba delicada, tenía tos, alguna fiebre...

—Al principio, pensamos que era un simple resfriado; pero esta tardé estaba peor y ahora estoy impaciente porque la vea.

Se levantó y tiró de un grueso cordón de campanilla. Su pelo, levantado por detrás hacia lo alto de la cabeza, dejaba al descubierto una pelusilla de oro, deliciosamente rizada sobre la blancura de la nuca. Entre aquellos muebles de réps, bajo aquel techo de vulgar estuco, toda su persona parecía á Carlos más radiante, más noble, casi inaccesible; y pensaba que allí nunca osaría mirarla tan francamente, con tan clara adoración como cuando la veía en la calle.

—¡Qué perrita tan linda tiene usted, señora!—dijo cuando María Eduarda volvió á sentarse, poniendo en aquellas palabras un acento de ternura.

Sonrió ella con linda sonrisa que le ponía un hoyuelo en las mejillas y daba una dulzura mayor á sus facciones serias. Y alegremente, batiendo palmas, llamando para detrás del biombo:

—¡Niniche! te están alabando. ¡Ven á dar las gracias!

*Niniche* apareció bostezando. Carlos hallaba muy lindo el nombre de *Niniche*. También él había tenido una galguita italiana que se llamaba *Niniche*...

En tal punto entró la camarera, aquella muchacha flaca y morena, de mirada petulante, que Carlos ya viera en el Hotel Central.

— Enseña al señor la habitación de miss Sarah, — dijo María Eduarda á Melanie. — Yo no le acompaño porque es tan tímida, tiene tanto temor de molestar, que delante de mí es capaz de decir que no tiene nada...

— Bien, bien — decía Carlos sonriendo, encantado.

Y le pareció que en la mirada de ella algo brilló, huyó hacia él, de más vivo, de más dulce.

Con el sombrero en la mano, pisando familiarmente aquel corredor íntimo, sorprendiendo detalles de la vida doméstica, Carlos sentía un regocijo indecible. Por una puerta entreabierta vió un banco y colgados en la pared grandes ropones turcos. En una mesa, como desencajonadas recientemente, muchas botellas de aguas minerales de Saint-Galmier y de Vals. Dedujo de aquellas cosas tan sencillas y vulgares, evidencias de hábitos delicados.

Melanie corrió una cortina de lino crudo y le hizo entrar en una habitación clara y fresca. Allí estaba la pobre miss Sarah, sentada en la cama, con un lacito de seda azul en el cuello y muy bien peinada. En el velador había periódicos ingleses muy bien doblados junto á una copa con dos bellas rosas. En el cuarto todo estaba en orden; desde los retratos de la familia real de Inglaterra, expuestos sobre el tapete que cubría la cómoda, hasta las botinas bien lustradas, clasificadas y perfiladas en un estante de pino.

Apenas Carlos se sentó, declaró miss Sarah, entre

dos accesos de tos, que no tenía nada. Fué la señora, excesivamente buena y cuidadosa, quien la obligó á guardar cama... Era para ella un disgusto verse ociosa, inútil, ahora que madame estaba tan sola, en una casa sin jardín. ¿Cómo podría correr la niña? ¿Quién saldría con ella?...

Carlos la consolaba, tomándole el pulso. Después, cuando se levantó para auscultarla, la pobre miss se cubrió de un rubor desconsolado, apretándose la colcha al pecho, preguntando si era *absolutamente* preciso... Sí, era necesario... Hallóle el pulmón derecho un poco tomado y mientras la animaba, le hizo algunas preguntas acerca de su familia. Contó que era de York, hija de un clergyman, y tenía catorce hermanos. Los varones estaban todos en Nueva Zelanda y eran de una robustez de atletas. Ella fué la más débil, tanto, que el padre le enseñó latín y la destinó á institutriz.

Carlos preguntó si en su familia había habido enfermos del pecho. Sonrió miss Sarah. ¡Nunca! Su madre aun vivía, y su padre, muy viejo, murió de desgracia.

Carlos, entre tanto, la observaba, reflexionaba. Entonces, de pronto, sin motivo, ella se enterneció y sus ojos se anegaron en lágrimas. Cuando supo que eran precisos tantos cuidados, que tenía que permanecer aún quince días en su habitación, turbóse más y dos lagrimitas tímidas se escaparon de sus pestañas. Carlos le cogió paternalmente la mano.

— ¡Oh, thank you, sir! — murmuró conmovida.

En la sala, Carlos volvió á hallar á María Eduarda sentada junto á la mesa, arreglando ramos, con un cesto de flores al lado y la falda llena de claveles. Una faja de sol parecía acariciarle los pies y *Niniche*, tendida allí, relucía como si estuviese formada

de hilos de plata. Un organillo tocaba en la calle é vals de *Madame Angot*. En el piso de encima corrían y brincaban unos niños.

—¿Y bien?—preguntó volviéndose con un puñado de claveles en la mano.

Carlos la tranquilizó. Miss Sarah tenía una bronquitis ligera, una chispilla de fiebre. Sólo necesitaba cuidados, guardar cama unos días...

—Ciertamente. Y, ¿ha de tomar algún remedio?

Dejó los claveles de la falda en la cesta y abrió un secreter de ébano colocado entre dos ventanas. Ella misma preparó el papel para la receta, puso una pluma nueva en el mango. Y aquellas atenciones perturbaban á Carlos como si fuesen caricias.

—¡Oh, señoral!—murmuraba—un lápiz basta.

Cuando se sentó sus ojos se detuvieron con curiosidad enternecida en aquellos objetos familiares que guardaban algo de la suavidad de las manos de ella: una campanilla de ágata, un corta-papeles de marfil con monograma de plata al lado de una taza de Sajonia llena de sellos; y en todo se veía un orden que cuadraba con su puro perfil. Mientras escribía despacio, Carlos oía como apagaba el ruido de sus pasos sobre la estera, como movía los vasos y búcaros con cuidado.

—¡Qué bonitas flores tiene usted, señoral!—exclamó volviendo la cabeza mientras secaba lentamente la receta.

De pie, junto al escritorio árabe, donde dejara un vaso amarillo de la India, María Eduarda arreglaban unas hojas en torno de varias rosas.

—Dan frescura—contestó.—Pensaba yo que en Lisboa había mejores flores. No hay nada comparable á las flores de Francia... ¿Verdad?

No respondió en seguida, embebecido en mirarla, pensando en lo dulce que sería permanecer allí

eternamente, en aquella sala de reps encarnado, llena de claridad y de silencio y verla poner hojas en torno de las rosas.

—En Cintra hay lindas flores—murmuró por fin.

—¡Oh, Cintra es un encanto!—replicó ella, sin levantar la vista del ramo.—Vale la pena de venir á Portugal sólo por ver Cintra.

En aquel momento se corrió la cortina de reps y Rosa entró vestida de blanco, con medias de seda negra, suelta la hermosa cabellera por la espalda, llevando en brazos su gran muñeca. Al ver á Carlos se detuvo bruscamente, con los ojos muy abiertos fijos en él, como asombrada, y estrechando á su pecho á Cri-cri que iba en camisa.

—¿No le conoces?—preguntó le su madre.

Rosa empezaba á sonreír y su carita se cubría de rubor. Y así, toda de blanco y negro, tenía un encanto indecible, con su gracia ligera, sus grandes ojos llenos de azul, su color sonrosado. Cuando Carlos se adelantó, con la mano extendida para renovar su antiguo conocimiento, se puso de puntillas y le ofreció su boquita, fresca como un capullo de rosa. Carlos apenas se atrevió á besarle suavemente el pelo.

Después quiso apretar la mano á su vieja amiga Cri-cri. Y entonces, Rosa se acordó, de pronto, de lo que allí la trajera.

—¡Busco la bata, mamá! No doy con la bata de Cri-cri... Aun no la he podido vestir... ¿Sabes dónde está la bata?

—¡Miren la descuidada!—exclamó su madre mirándola con ternura.—Si Cri-cri tiene una cómoda particular y un ropero, no se le deben perder las cosas... ¿Verdad, señor de Maia?

El, con la receta en la mano, sonreía también en

silencio, enternecido de aquella intimidad en la que se sentía penetrar dulcemente.

La pequeña se había acercado á su madre y tomándole el brazo le decía con mimo:

—Anda... dime... ¿No sabes dónde está la bata? Dímelo...

Suavemente, con la punta de los dedos, María Eduarda le arregló el lazo que llevaba prendido en el pelo, y luego dijo:

—Bueno; estáte quieta... Ya sabes que no me cuidó de Cri-cri. Debías tener más cuidado... Pregunta á Melanie.

Rosa obedeció, muy seriecita. Al pasar saludó á Carlos con un airecillo muy señoril:

—Bonjour, Monsieur...

—Es encantadora—murmuró él.

La mamá sonrió. Había terminado de arreglar su ramillete de claveles, y escuchó á Carlos que le explicaba lo que había de hacerse con Sarah, las horas á qué debía tomar las medicinas.

—¡Pobre Sarah!—dijo ella.—Tenía como un presentimiento de que había de enfermar en Portugal..

—Entonces debe detestar Lisboa!

—Sí, le da horror. Se queja de los calores, de lo mal que se huele en todas partes, de las gentes que van sucias... Teme que la insulten en la calle... Está aburridísima; arde en deseos de marcharse...

Carlos reía de aquellas antipatías sajonas. Por lo demás, tenía razón en parte miss Sarah...

—¿Y usted, señora, gusta de Portugal?

Se encogió de hombros, perpleja.

—Sí... debe gustarme; es mi país.

—¡Su país!... ¡Y él que la creía brasileña!

—No, soy portuguesa.

Reinó breve silencio. Ella tomó un abanico negro con flores encarnadas. Carlos sentía una nueva dul-

zura penetrar en su corazón. Después María Eduarda habló de su viaje, que fué muy agradable; el mar la hechizaba. Cuando llegó á Lisboa le encantaron aquel mar y aquel cielo azules, aquel hábito templado de un clima benigno... Pero luego tuvieron mal alojamiento en el Hotel Central, *Nimiche* se puso mala, en Oporto se asustó..

—Sí—dijo Carlos—su marido, en la Plaza Nueva...

Ella pareció muy sorprendida. ¿Cómo sabía aquello? ¡Ah! sí, por Dámaso sin duda...

—Creo que son muy amigos.

Después de una leve vacilación, que ella comprendió, dijo Carlos:

—Sí, va bastante por Ramillete... Pero le conozco de hace pocos meses...

Ella abrió los ojos, pasmada.

—¿Dámaso? Pues si me dijo que se conocían de niños, que hasta eran parientes...

Carlos se encogió simplemente de hombros, sonriendo.

—Es una bella ilusión... ¡Si esto le hace feliz!...

Ella sonrió también.

—Y ¿qué le parece á usted Lisboa, señora?—preguntó Carlos, no queriendo hablar más de Dámaso.

Le agradaba, hallaba muy bonito aquel tono azul y blanco de ciudad meridional... ¡Pero faltaban tantas comodidades!... La existencia tenía un aspecto que aun no había podido descifrar si era de sencillez ó de pobreza.

—Sencillez, señora. Tenemos la sencillez de los salvajes...

Rióse.

—No digo esto. Pero supongo que son como los griegos: se contentan con comer una aceituna, mirando la belleza del cielo...

Esto pareció adorable á Carlos, cuyo corazón voló hacia ella.

María Eduarda quejábase sobre todo de las casas, tan faltas de comodidades, tan faltas de gusto. La que habitaba le daba horror. La cocina era atroz; las puertas no cerraban. En el comedor había una pintura que le quitaba el apetito...

—Además—añadió—es triste no tener un jardín, donde la niña pudiera correr y triscar...

—No es fácil hallar una casa de estas condiciones con jardín—dijo Carlos.

Miró las paredes, el techo enyesado, y se acordó de pronto de la quinta de Craft, aireada, tranquila, hermosa.

Afortunadamente, había tomado la casa sólo por un mes y pensaba ir á orillas del mar durante el tiempo que debiera pasar en Portugal.

—Es lo que me aconsejó mi médico de París, el doctor Chaplain.

¿El doctor Chaplain? Carlos le conocía mucho. Siguió su curso y hasta le visitó íntimamente en su quinta de Maisonnettes, cerca de Saint Germain. ¡Era un gran maestro, una inteligencia superior!

—¡Y tan buen corazón!—exclamó ella, con una sonrisa y una clara mirada que brilló.

Aquel sentimiento común pareció acercarles suavemente; los dos adoraron al doctor Chaplain en aquel instante. Y continuaron hablando de él y gozaron de la naciente concordancia de sus corazones.

¡Qué gran hombre era el doctor! ¡Qué amable, qué fino! Siempre con su chistera y de flor en el ojal!...

—Y madame Chaplain es una persona encantadora—añadió Carlos.—¿Verdad?

María Eduarda no conocía á la señora Chaplain,

Un reloj dió las once. Carlos se levantó, terminando su fugitiva, inolvidable, deliciosa visita...

Cuando ella le tocó la mano de nuevo, le subió la sangre al rostro al tocar aquella palma tan suave y fresca. Dió recuerdos para la señorita Rosa. Después, ya en la puerta, se volvió para ver una vez más la dulce mirada con que ella le seguía:

—¡Hasta mañana, doctor!—dijo de pronto María Eduarda.

—¡Sí, hasta mañana!

Domingo esperaba junto á la puerta, ya de librea y bien peinado.

—¿Es cosa de cuidado, señor?

—No, no vale la pena... Me alegro de haberle visto, Domingo.

—Gracias, señor; hasta mañana.

—Hasta mañana.

*Niniche* apareció también en el descansillo. Carlos se inclinó para acariciarla y díjole también, radiante:

—¡Hasta mañana, *Ninichel*!

¡Hasta mañana! Yendo para Ramillete, era la única idea que percibía clara y distinta á través de la niebla luminosa que le envolvía el alma. Había acabado ya su jornada; pero pasadas las largas horas de la tarde y las interminables de la noche, volvería á penetrar otra vez en aquella sala de reps encarnado, donde estaría ella con su vestido de sarga, arreglando flores.

En el Aterro, por entre la polvareda del verano y el ruido de los carruajes, sólo veía aquella sala

esterada de nuevo, silenciosa y clara: á veces recordaba una frase que ella le dijera con su armoniosa voz, ó bien brillaban ante sus ojos las piedras de sus sortijas luciendo entre el pelo de *Niniche*. Parecía más linda ahora que conocía su sonrisa de una gracia tan delicada; inteligente, llena de buen gusto; y la pobre vieja, que esperaba en la puerta, aquella enferma á quien enviaba vino de Oporto, revelaba su bondad... Y lo que más le encantaba es que ya no le sería preciso vagar por la ciudad como un perro perdido en busca de sus ojos negros; bastábale ahora subir unos escalones y se le abría la puerta de su casa; y de pronto todo le parecía fácil, equilibrado, sin dudas y sin impacencias.

En su cuarto del Ramillete, Bautista le entregó una carta.

—La trajo la escocesa, después de salir el señor.

¡Era de la Gouvarinho! Media hoja de papel que contenía estas dos palabras escritas en inglés: *All righ*. Carlos se puso furioso. ¡La Gouvarinho!... No se acordaba de ella desde la víspera, jubiloso como estaba su corazón. Y era en el tren de la noche, al cabo de pocas horas, cuando ambos debían partir á Santarem para amarse escondidos en una quinta. Se lo había él prometido; y ella de fijo estaba ya preparada con su espantosa cabellera postiza, con el *water-proof* y el sombrero; todo estaba preparado... En aquel instante le pareció ridícula, cursi, estúpida... ¡No iría, no! Pero no tenía más remedio que acudir á la estación, balbucear una disculpa, oír sus quejas y ver como se le llenaban los ojos de lágrimas. ¡Qué fastidio!... Le inspiró odio.

Cuando llegó á la mesa, almorzaban ya Craft y Alfonso hablando precisamente de Gouvarinho y de los artículos que continuaba publicando en el *Jornal do Commercio*.

—¡Qué bruto es!—exclamó Carlos con voz sibilante, desahogando sobre la literatura política del marido la cólera que le producian las impertinencias amorosas de la mujer.

Alfonso y Craft le miraron pasmados de tanta violencia. Y Craft le censuró su ingratitud porque realmente no había en la tierra entera un entusiasmo como el que sentía aquel hombre de Estado por Carlos...

—¡No puede usted imaginárselo, don Alfonso; es un culto, una idolatría!

Carlos se encogía de hombros impaciente. Y Alfonso, bien dispuesto para un hombre que con tanta fe admiraba á su nieto, murmuró con bondad:

—¡Infeliz! Supongo que es inofensivo.

Craft apoyó con calor al viejo.

—¡*Inofensivo!* Admirable, don Alfonso. *Inofensivo*, aplicado á un hombre de Estado, á un par, á un ministro, á un legislador, es un hallazgo. Es en efecto *inofensivo*... Es un adjetivo admirable.

—¿Chablis?—preguntó el criado.

—No, tomo té.

Y añadió:

—El champagne que hemos bebido hoy en las carreras, por patriotismo, me ha hecho daño... Me costará una semana de beber leche á todo pasto.

Entonces hablaron de las carreras, de las ganancias de Carlos, de Clifford y del velo azul de Dámaso.

—La que iba muy bien vestida era la Gouvarinho—dijo Craft, bebiendo un sorbo de té.—Le sentaba admirablemente el vestido de blanco creme con golpes negros. Un verdadero vestido de carreras... *C'était un oillet blanc panaché de noir*... ¿No le parece á usted, Carlos?

—Si—masculló éste,—estaba bien.



¡Otra vez la Gouvarinho! ¡Parecía ahora que en toda su vida no oiría conversación en que no sonase el nombre de la Gouvarinho, ni camino en que no encontrase á la Gouvarinho! Y allí mismo, en la mesa, decidió consigo mismo no volverla á ver. Escribirle una carta breve y cortés excusándose de ir á Santarem, sin explicaciones.

Pero en su cuarto, delante ya de la hoja de papel no halló una frase que no fuese pueril ó brutal. Hasta sentía por ella una indefinible repulsión física: debía ser intolerable respirar toda una noche un perfume exagerado de verbena; recordaba que la piel del cuello, que antes se le figuraba de raso, tenía un tono amarillento más allá de la línea de los polvos de arroz. Decidió no escribir. Iría por la noche á la estación y en el momento de arrancar el convoy, correría á la portezuela para balbucear una excusa; no le daría tiempo para lloriquear ni recriminar; un rápido apretón de manos y adiós, para siempre...

Cuánto le costó á la hora de ir á la estación arrancarse á la comodidad de su poltrona y á las delicias de su cigarro. Metióse desesperado en el coche maldiciendo aquella tarde en que á causa de una rosa y de cierto vestido de color de hoja muerta que le sentaba bien, cayó con ella en un sofá...

Al llegar á la estación faltaban dos minutos para la salida del expreso. Precipitóse en la sala de espera, ya casi vacía, y topó, con Dámaso, con sombrero hongo y cartera de viaje. Dámaso le cogió las manos enternecido.

—¡Chico! ¿cómo te has tomado la molestia... cómo sabías que marchaba...?

Carlos no le desengañó, balbuceando que se lo dijo Taveira, que encontró á Taveira...

—Poco me lo imaginaba yo—exclamó Dámaso.—

Esta mañana llegó el telegrama. Me puse furioso... ¡Imagina, un disgusto así!...

Entonces fué cuando Carlos notó que su amigo llevaba luto, con gasa en el sombrero, guantes y pañuelo negros... Murmuró embarazado:

—Taveira me dijo que te ibas, pero no me dijo nada más. ¿Se te ha muerto alguien?

—Mi tío Guimaraes.

—¿El comunista? ¿El de París?

—No, un hermano suyo, el mayor, el de Peñafiel... Espérame un momento, que voy al café á llenar el frasco de cognac. Cuando estoy triste me entrego al cognac...

Llegaban los viajeros con guarda polvos y maletas en la mano; los mozos llevaban los equipajes. En una portezuela, donde se exhibía un caballero barrigudo con un casquete bordado, había un grupo de amigos políticos que le admiraban en silencio; en un rincón una señora sollozaba por debajo del velo.

Carlos, viendo un vagón con el letrero de *reservado*, imaginó que estaba allí la condesa. Un guardia se precipitó furioso como si presenciara la profanación de un santuario.

¿Qué quería? ¿Qué buscaba allí? ¿No sabía que era el *reservado* del señor Carneiro?

—No lo sabía.

—¡Haberlo preguntado y lo sabría!—exclamó el otro aun trémulo de cólera.

Carlos corrió hacia los otros vagones donde la gente se apiñaba y amontonaba toda suerte de bultos; en uno, dos sujetos, peleándose por el sitio, se trataban de mal criados; más allá un chiquillo perneaba y se desesperaba abrazado al cuello de su ama.

—Eh, chico, ya estoy—exclamó Dámaso alegre—

mente apareciendo detrás de él y pasándole el brazo por el cuello.—¿A quién buscas?

—No; á nadie... Imaginé haber visto al marqués.

Inmediatamente Dámaso quejóse de aquel tremendo viaje á Peñafiel.

—Ahora precisamente que tanto me convenía estar en Lisboa. Tengo una suerte con las mujeres, chico...

Se oyó una campana. Dámaso dió un tierno abrazo á Carlos, saltó á su vagón y continuó desde la portezuela sus confidencias. Lo que más le contrariaba era dejar al aire lo de la calle de San Francisco. ¡Qué fastidio! ¡Ahora que aquello iba tan bien, con el marido en el Brasil y ella allí, á mano, á dos pasos del Gremio!

Carlos apenas le escuchaba, mirando el reloj, cuando de pronto, Dámaso exclamó:

—¡Mira los Gouvarinhos!

Volvióse Carlos. El conde se adelantaba, sin apresurarse, como convenía á un director de Compañía, hablando con un empleado de la estación, y la condesa con rico guardapolvos de seda color castaño y un velo ceniciento que le cubría la cara y el sombrero, iba detrás con la criada escocesa, llevando en la mano un mazo de rosas.

Carlos corrió hacia ellos como asombrado.

—¿Por aquí, Maia?

—De viaje, conde?

—Sí; había decidido acompañar á la condesa á Oporto con motivo del cumpleaños de su padre... Lo decidió á última hora, de modo que por poco pierde el tren.

—¿De manera que le tenemos por compañero, Maia? ¡Qué alegría!

Carlos contó rápidamente que había ido á despe-

dir á Dámaso, á quien se le murió un tío en Peñafiel.

Asomado á la portezuela, Dámaso saludaba á la señora condesa, grave, fúnebremente.

Solo con la condesa durante un momento, Carlos murmuró:

—¡Qué fastidio!

—¡Este maldito hombre!—exclamó ella con una ojeada que brilló á través del velo.—Todo tan bien arreglado y á última hora saa pejuguera...

Carlos acompañóles hasta la *reservado* y la condesa tomó asiento junto á la portezuela. El conde le aconsejaba en tono agridulce que se sentase de espaldas á la máquina y ella, sin hacerle caso, le lanzó una mirada de cólera.

Carlos, embarazado, murmuró:

—Entonces estarán unos días...

—Sí; tal vez un par de semanas.

—Tres días á lo sumo—replicó la condesa con voz fría y afilada como una navaja.

El conde no contestó.

Todas las portezuelas estaban cerradas; sonó un silbido y empezó á rodar el tren. Aquí y allá se agitaban algunos pañuelos. La mirada de la condesa para Carlos, tuvo la dulzura de un beso. Dámaso encargó saludos para el Ramillete. El tren se hundió en las tinieblas de la noche...

Carlos, volviendo al centro de la ciudad, sentía una alegría triunfante por aquella partida de la condesa y de Dámaso. Era como una dispersión providencial de todos los importunos; y así en torno de la calle de San Francisco, reinaba una especie de soledad con todos sus encantos y todas sus complicidades.

En la calle de Sodrê bajó del coche, subió á pie por el Ferregial y pasó por la calle de San Francisco